

Ejes y variables de la Política exterior de Egipto de Nasser a Mubarak*



Gilberto Aranda** / Ricardo Marzuca***

Antecedentes: el arabismo y la lucha anticolonialista egipcia

Egipto, el país de los faraones y las pirámides, cuna de una de las civilizaciones más espléndidas de la humanidad, sede de califatos y reinos del Islam medieval, centro de elaboración de teorías y constitución de movimientos políticos es por derecho propio uno de las entidades políticas más relevantes del espacio que el mando británico colonial bautizara como “Medio Oriente”, pero que más propiamente podemos designar como el «mundo árabe». Desde mediados de este siglo la monarquía egipcia dio paso a una república que, sin embargo, no renunciaría a la vocación histórica de liderazgo regional que Egipto ha encarnado en diferentes momentos de su trayectoria.

Precisamente la época de Gamal Abdel Nasser que inicia la República es uno de los capítulos más provocativos de la historia árabe contemporánea. Muchas de las expectativas generadas a partir de la Nahda¹ cristalizaron a partir del movimiento político que desafió el poder de la monarquía liberal del rey Faruk en julio de 1952.

El camino había sido largo para un país multidimensional como Egipto: geográficamente ubicado en África, tempranamente había desarrollado una vocación mediterránea, mantenida durante el proceso de arabización. Profundamente religiosa, como lo testimonia la cosmología del antiguo país, el cristianismo echó raíces profundas, manifestándose en el movimiento monástico que encontró en sus desiertos el lugar ideal para la vida ascética de anacoretas y eremitas, y en el Alto Nilo el hogar para la

* El presente trabajo se redactó originalmente en el marco del Observatorio del Mundo Árabe Contemporáneo del Centro de Estudios Árabes de la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile

** Instituto de Estudios Internacionales. Universidad de Chile.

*** Centro de Estudios Árabes, Facultad de Filosofía. Universidad de Chile.

1 El término alude al renacimiento árabe.

Koinonía, la primera comunidad cenobítica. La vida religiosa empapó la vida de sus habitantes quienes abrazaron las definiciones de uno de los grandes patriarcados de Oriente, el de Alejandría, piedra angular de una Iglesia proto-nacional (García Colombas, 1998). La llegada del Islam en el siglo VII confirmó su naturaleza creyente, sometiendo al país, así como a todo el Medio Oriente y el norte de África, a un proceso de arabización e islamización definitiva. Un califato se levantaría en el siglo X, con capital en El Cairo, y junto al mismo más tarde emergería uno de los centros teológicos más reputados del mundo musulmán: Al Azhar.

Posteriormente, el país de los faraones se transformó en una provincia del Imperio Otomano. Un gobernador otomano de origen albanés, Muhammad Ali, aplicó una serie de reformas modernizadoras, desligándose de la Sublime Puerta. Su acción política constituye los antecedentes primigenios de un discurso nacional que apuntalaría la emergencia del Estado, y que se nutriría de una línea de pensamiento proclive a la ruptura del orden colonial. Dichas tendencias rupturistas en el seno del mundo egipcio se fueron alimentando progresivamente del incipiente nacionalismo árabe, corriente de pensamiento directamente influenciada por el nacionalismo europeo, mediante el cual los árabes, durante el siglo XIX e inicios del XX, comenzaron a experimentar la conciencia de conformar una nación, transformándose en un acicate para el impulso emancipador de cualquier tipo de dominio o dependencia exógena. Sus fundamentos fueron la lengua común a todos los pueblos, los cuales acometerían la independencia y soberanía estatales, para posteriormente enmarcarla en el espacio o territorio común, vinculada a toda la nación.

De tal manera que sus integrantes se perciben a sí mismos como árabes, reconociendo la existencia de una historia y de un legado cultural, representado primordialmente por la unidad lingüística, común a todos los habitantes del Mahgreb en el norte africano y el Mashreq en el Medio Oriente.



Aunque el nacionalismo árabe incorporó elementos de la tradición nacional europea, se trata de una construcción ideológica aglutinante de la diversidad en el marco de lengua, cultura e historia común, por lo que una forma más correcta de designarlo es arabismo.

Este espíritu imbuido del arabismo impulsó a Muhammad Alí, quien con el título de jedive gobernó el país entre 1805 y 1848, transformando a Egipto en una de las potencias más activas del Mediterráneo. Su resultado lo

explica Eugenio Chahuan (2002: p. 101) de la siguiente manera:

“El Cairo es, desde la segunda mitad del siglo XIX, el foco de un gran renacimiento cultural que atrae a los elementos más activos de las elites árabes y de todo el Mundo Musulmán.”

La presencia activa de una *intelligentsia* árabe egipcia introducida en la reflexión occidental significó que la tradicional oligarquía vinculada a poderes externos, otomanos originalmente, europeas después, diera paso gradualmente a un *establishment* consciente de su papel en la suerte de toda una nación². Los jóvenes oficiales del ejército de Egipto se empaparon también de las nuevas ideas. Hacia 1881 el coronel Orabi presionó al jedive Tawfik, a pedir la renuncia de su Primer Ministro Nubier y de su Ministro de Guerra, Osmán Rifqui. La revolución de Orabi representa un punto álgido en el despertar nacionalista egipcio.

Para garantizar los intereses de los monopolios financieros extranjeros y asegurar la estabilidad del jedive, Gran Bretaña ocupó militarmente Egipto en 1882. La situación se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. Poco después de concluidas las hostilidades y durante la etapa de diseño del nuevo orden, en 1919 estalló una nueva revolución nacionalista, esta vez bajo el liderazgo de Saad Zaghloul, quien logró aglutinar nuevamente a los elementos revolucionarios en las Fuerzas Armadas egipcias. El contenido ideológico del nuevo movimiento adoptó cierto reformismo que identificó como socialismo democrático, en que la democracia equivalía a la libertad política y el socialismo a la libertad económica y social. Londres reaccionó intentando frenar la incipiente revolución mediante la declaración del fin del protectorado británico en 1922.

El paréntesis liberal, que en el caso egipcio se verificó bajo la fórmula de una monarquía constitucional parlamentaria inspirada en el modelo Westminster, en la que el tradicional partido Wafd desempeñó el papel de centro del eje político, no significó una ruptura con la etapa del protectorado británico. Esta sólo llegó de la mano de la crisis palestina de 1948-49 que dio origen al Estado de Israel, agudizando las tensiones de la región. Para Nasser la explicación de la derrota estaba en la cleptocracia que invadía todos los niveles de la administración egipcia, respaldada desde el exterior por el consentimiento de las potencias occidentales. En consecuencia, vislumbró al Ejército como la única institución organizada capaz de acometer un giro en la política egipcia.

Nasser instituyó un régimen de partido único (partido hegemónico en estricto rigor), la Unión Socialista Árabe; que concentraba en una sola persona la autoridad de Estado, la dirección del

2 En los círculos pronacionalistas formados en el Levante como consecuencia de las campañas de Muhammad Alí entre 1833 y 1840, está el origen de los discursos panarabistas seculares y modernos. En Egipto mientras tanto destaca la figura de Salama Musa, quien escribe “El Socialismo”.

Esta arquitectura autoritaria pretoriana del régimen modernizador socialista influyó en los Estados africanos, pero aún más para los estados magrebíes y del Medio Oriente que se sirvieron del programa panárabe como patrón ideológico por lo menos hasta la crisis desatada por la guerra de los seis días.



partido y el gobierno, así como la máxima jefatura militar. El diseño autoritario fue complementado con la creación de vínculos partidarios de corte clientelista con las organizaciones sociales. En el ámbito económico fueron adoptadas teorías desarrollistas burocráticas que colocaban al Estado en el eje de una economía capitalista de sesgo proteccionista que expresara la prioridad de la industria nacional egipcia sobre la competencia externa.

El programa nasserista y el movimiento panárabe

La ideología del régimen militar nasserista es una de las cuestiones que más discusiones ha suscitado entre los expertos, de las cuáles incluso han participado autores hemisféricos como el destacado sociólogo argentino Gino Germani (1961) y el politólogo norteamericano Samuel Huntington (1996). Sin embargo, es la posición de especialistas en el área la que nos parece más pertinente. Atendiendo la pregunta de Abdel Malek (1967), a este respecto nos preguntamos "*¿Cuáles son los elementos constitutivos de una ideología egipcia (de cualquier ideología militar egipcia posible) en el momento de la conquista del poder en 1952?*" (p. 238)

Como respuesta tentativa encontramos que coexisten elementos europeos, básicamente de extracción liberal continental y de procedencia marxista, con otros extraídos de la tradición árabe e islámica, entre los cuales hay que citar al fundador de islamismo contemporáneo bajo la égida de la Iyihad, Yamal Eddine Al Afgani y sus seguidores egipcios Muhammad Abduh, Mustafa Kamel y Muhammad Farid (participes del Partido Nacional, antecedente de los futuros Hermanos Musulmanes). Tampoco es descartable la observación de la experiencia turca y el papel de Mustafá Kemal Atatürk y su singular propuesta política para una Turquía nacional moderna. Ciertamente la articulación teórica nasserista fue un ejercicio intelectual que se extendió longitudinalmente en el tiempo desde antes del golpe de julio de 1952, pero que por otra parte también respondió a la dinámica ex post-facto de una doctrina en elaboración simultánea a los eventos revolucionarios. Desde ese punto de vista podemos decir que doctrinariamente la revolución no estuvo plenamente madura sino que hasta 1956.

La carrera de éste oficial data de su ingreso en la Academia Militar egipcia en 1937, que correspondió históricamente al momento de la vida nacional egipcia en que el país se organizó conforme al patrón político inglés y las premisas del liberalismo europeo. Uno de sus exponentes era el partido Wafd que intentó la movilización de los grupos sociales emergentes pertenecientes a los sectores medios urbanos y pauperizados. Ya hacia esa época diversos intelectuales habían comenzado a criticar al Estado egipcio y a los experimentos políticos nacionalistas que sólo aplicaban reformas del tipo de apaciguamiento sin distribuir tierras. A través de sus lecturas, Nasser tomó contacto con las experiencias modernizadoras occidentales, que desde arriba hacia abajo intentaron establecer un nuevo orden, por medio de la revolución (vía bonapartistas) o de la conservación de ciertos privilegios (bismarkiana). Sin embargo, y como se hizo presente nunca relegó la obra autóctona de la intelectualidad egipcia.

Antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, Nasser ya impartía clases de historia militar de la Academia del Estado mayor egipcio. La Alemania Nazi, la Turquía de Atatürk capturaron su atención política, mientras que la estrategia militar se empapó del legado de Von Clausewitz. Se podría decir que la voluntad de constituir un cuerpo nacional y organizarlo políticamente por un Estado se transformó en su ideal, para lo cual fundó un movimiento militar clandestino de jóvenes oficiales más tarde conocidos como los Oficiales Libres. Para Gema Martín Muñoz (2000, p. 81) la contingencia política marcó el nacimiento de esta sociedad secreta en medio de la intervención británica que colocó a Faruk como nuevo monarca en el país de los faraones, un representante afín a las potencias occidentales que se oponían al Eje, al tiempo que las iniciativas de David Ben Gurión para fundar un Estado Judío en Palestina comenzaban a fructificar. Sin embargo, iba a ser definitivamente la experiencia compartida por los jóvenes oficiales de la lucha en Palestina por la emergencia de Israel, el hito demarcatorio de la generación de militares que acompañó a Nasser. Como señala Heller (1987: p. 98):

“Los jóvenes oficiales que habían comprendido en las trincheras de Palestina que su derrota ante los israelíes se debía a la incapacidad, corrupción y sumisión de sus estadistas, representaban una nueva capa social que hasta entonces no había podido articularse políticamente.”

Adicionalmente, el ejército, representaba una institución que asignaba gran importancia a la modernización y al saber técnico, a formas de conciencia que estaban en contradicción con las capas dirigentes tradicionales. A partir de dicho punto la idea de un Egipto liderando una coalición árabe -una umma árabe- se terminó

de acrisolar, llegando el grupo a la convicción de que incluso la liberación de Palestina pasaba por dicho nuevo liderazgo egipcio.

*C*iertamente el golpe de Estado que cerró el capítulo monárquico egipcio fue el inicio de un régimen que modificaría la fisonomía político-ideológica de la región, transformando al panarabismo en el centro aglutinador de los estados post-coloniales de la zona.



lo anterior obligó a acometer cambios más drásticos en el campo, organizando a sectores rurales. Dicho punto representó un desacuerdo de los grupos en el poder; la Casta militar tradicional vis a vis los Oficiales Libres, cuestión que decantó en la salida de los primeros del Consejo de la Revolución, que pasó a ser dirigido personalmente por Gamal Abdel Nasser a partir de 1954.

El campo fue sometido a una profunda redistribución, granjeándose el respaldo de sectores recientemente movilizados (Samuel

*A*unque se trataba de un modelo secular, conforme a las experiencias nacionalistas precedentes, no se desechara todo el orden institucional antiguo, más bien se promovía una visión reformada del Islam que no se opusiera, si no más bien complementara los cambios modernizadores y secularizadores que se pretendía introducir, dado que la importancia del Islam era menor a la que se confería al nacionalismo y a la unidad árabe.



La experiencia combinó el giro revolucionario con la gradualidad de los regímenes reformistas. Una etapa primigenia todavía contempló la presencia de la antigua casta militar de raigambre oligárquica, formalmente dirigida por el general Nagib. Por cierto que el liberalismo político continuó en el programa de esta etapa con su llamado a celebrar en breve tiempo elecciones en un régimen multipartidista inspirado en la organización republicana francesa. Sin embargo,

lo anterior obligó a acometer cambios más drásticos en el campo, organizando a sectores rurales. Dicho punto representó un desacuerdo de los grupos en el poder; la Casta militar tradicional vis a vis los Oficiales Libres, cuestión que decantó en la salida de los primeros del Consejo de la Revolución, que pasó a ser dirigido personalmente por Gamal Abdel Nasser a partir de 1954. El campo fue sometido a una profunda redistribución, granjeándose el respaldo de sectores recientemente movilizados (Samuel Huntington, 1996: p. 333). Los grupos rurales, más las clases medias, burócratas, artesanos y obreros recibieron el influjo de ideas que postularon al nacionalismo árabe como la quinta esencia del despertar egipcio.

El propio Nasser (Gamal Abdel Nasser, 1955: p 34) aseguraba:

“La patria árabe es una unidad política y económica indisoluble; ningún territorio podrá reunir las condiciones indispensables para su existencia si permanece aislado de los demás territorios. La nación árabe, Umma, constituye una unidad espiritual y cultural; todas las diferencias existentes entre sus miembros son superficiales y falsas, y desapa-

recerán de todo con el despertar de la conciencia árabe.”

El potencial emancipador de esta fórmula quedó de manifiesto en el diagnóstico teórico histórico que el *rais* panárabe elaboró de la situación que cruzó el mundo árabe en general y el Egipto en particular. Los temas que despuntan son el imperialismo, la brecha social, la desafección popular de lo político a partir de una ciudadanía comprendida sólo como dato legal, y por cierto el tema de Palestina, al que su opinión sólo se enfrentaría adecuadamente con la unidad política árabe. Desde dicho punto exploró las dimensiones de la revolución del 23 de julio de 1952. El oficial se interroga acerca de las razones que explican la intervención política del Ejército. Más allá de respuestas puntuales asoma el carácter de burocracia profesional, disciplinada y con un radio de acción. En opinión de Nasser (1955: p. 20) dichas características explican la singularidad burocrática de esta institución, y que según Martín Muñoz (Gema Martín Muñoz, 2000: p. 84) refleja en el lema mismo de la revolución: Unión, disciplina, trabajo.

“El régimen del socialismo árabe, del que fue inspirador el ejemplo nasserista, se basó en tres pilares: autoritarismo militar, dirigismo económico, y legitimidad basada en la supuesta eficacia de los militares para llevar a cabo la liberación nacional, la integración social y el desarrollo económico, fundamentos de la construcción nacional en los que habían fracasado los políticos feudales (*al-iqta iyyun*) de régimen liberal.”

Sobre la base de la estructura profesional del Ejército, Nasser concibió la aplicación de dos procesos para ejecutar una revolución integral en Egipto: En primer término el giro político, cuyo objetivo declarado fue establecer el derecho ciudadano de gobernarse a sí mismo sin más fuente que la derivada de la voluntad popular. Enseguida se planteó acometer un cambio social que posibilitara un régimen estable y de justicia social para los egipcios. La primera exigía la reunión de todos los elementos de la nación, mientras que la segunda implicaba la exclusión de las elites tradicionales. De acuerdo con ello, Nasser afirmó que la revolución de 1952, dada la situación, exigía la formación de una fuerza homogénea lo más alejado de la lucha entre individuos y clases. Para Nasser (1955: p. 27) el desafío de conciliar el giro político y el social explican la gradualidad, a veces helicoidal, de un proceso que inicialmente depuso un monarca sin acometer la urgente reforma agraria, cuestión que demoró tiempo y fue rediseñada varias veces.

“Esta doble misión revolucionaria incumbe, lo mismo que a nosotros, a todos los pueblos de la tierra. Se presenta, en primer término, la necesidad de efectuar el derecho que tiene el pueblo a gobernarse a sí mismo, arrebatándolo de las manos de un des-

pota o liberándose de la dominación de fuerzas armadas extranjeras que detentan el poder contra la voluntad popular (...) la unidad, la solidaridad y la cooperación de todos los elementos y sectores de la nación, unida a la abnegación y al sacrificio por parte de cada individuo con objeto de asegurar la prosperidad y la integridad de la Madre Patria constituyen los factores de éxito en toda Revolución Política”.

Pero quizás más importante y contradictoria fue la pretensión del logro de una base homogénea de respaldo, cuestión que lo distanciaba de la revolución popular por lucha de clases propuesta en términos de Marx. La homogeneidad bajo la categoría única de *pueblo árabe* hacía inconsistente, simultáneamente, la adopción de una pluralidad de intereses. La organización de la sociedad previamente movilizaba se aspiraba a llenar mediante un partido hegemónico, representante exclusivo de los intereses de la nación, considerados sagrados y superiores al de cada individuo o grupo. De acuerdo con lo anterior fueron adaptadas las instituciones sociales árabes, como la solidaridad del clan en el marco de la estructura parental extensa. Es otras palabras, reflejó la intención de Nasser en orden a construir una entidad nacional cimentada en toda la estructura social. Para el líder egipcio (Gamal Abdel Nasser, 1955: p. 28) la idea fuerza apuntó a desarrollar la cohesión de todos los segmentos sociales en torno a una nación única y singular.

Adicionalmente, el carácter autoritario despuntaba entonces como parte de esta revolución política de ecos sociales, como aparece claramente en pasajes del texto de la *Filosofía de la Revolución* en que se refiere al desconcierto terrateniente, la antigua elite política, la burocracia histórica, y en la que a renglón seguido se confirma que las particularidades quedan disueltas en el principio de Nación como un todo (Gamal Abdel Nasser, 1955: pp. 49-50). La idea presente en esta parte del discurso nasserista es que la comunidad imaginada árabe es, ante todo, un principio espiritual, la expresión de la voluntad común de formar comunidad. Para Nasser esa voluntad puede abrirse camino sobre las diferencias sociales y de lengua, utilizando como ejemplo el papel jugado por el sionismo en la emergencia del Israel moderno. Este despertar nacional utilizó como pivote una conciencia popular que previamente debe superar la intervención extranjera que para Nasser continuaba sometiendo a Egipto.

Mediante la voluntad de enfrentar el colonialismo extranjero, la comunidad nacional a través del Estado podía asumir la posición líder que sus dimensiones culturales y geográficas permitían. Dichas dimensiones del pensamiento revolucionario nasserista apuntaron a la posición que entiende debe ocupar Egipto, tanto en sus zonas geográficas de inserción (África, el Magreb, Medio

Oriente y el Mediterráneo), como en su espacio cultural, que era el islámico.

Definitivamente y como se ha afirmado, se concedió mayor relevancia al mundo árabe, de ahí su identificación con el proyecto panárabe. En virtud de lo anterior fueron concebidos lazos de pertenencia a una

comunidad mayor, entidad única y singular, como lo muestra su despliegue histórico lejano y reciente. La guerra de Palestina como ejemplo de esfuerzo árabe mancomunado, constituyó la evidencia de interés común de pueblos separados en una multiplicidad de Estados. Nasser apuesta por la franca unidad de los árabes (Gamal Abdel Nasser, 1955: p. 69), para lo cual sugería la modernización económica que proporcionara una base autónoma. La receta fue la industrialización por sustitución de importaciones, con el objeto de cortar los lazos de dependencia económica extranjera restante. Sólo una vez consolidada dicha etapa se podría enfrentar a Israel.

En la región africana, Gamal Andel Nasser reconoció un lazo que se proyectaba más allá de la ubicación espacial de Egipto, particularmente por la arteria hídrica que conectaba al país con el África profunda. Dicha relación daba contenido histórico a la vecindad egipcia en el continente africano y la posibilidad de asumir un liderazgo regional en la defensa de los intereses de sus habitantes. Junto con otros dirigentes políticos de la zona, el líder de la República de Ghana, Kwame Nkrumah, y el emperador de Etiopía, Haile Selassie, Nasser sería un activo promotor de la unidad africana que a principios de los 60 cristalizaría en una organización multilateral. Una vez más, en su doctrina se puede pesquisar la voluntad de erradicar el colonialismo europeo en África, siguiendo el recetario panárabe.

Respecto al Islam, la ideología de Nasser presentó uno de sus rasgos más característicos. Aunque como sostuvimos, su doctrina política era eminentemente nacionalista y formalmente laica, el aspecto religioso cumplía un papel en el proyecto panárabe nasserista. Pero siempre enfatizando que el sentimiento de pertenencia de Egipto está vinculado a la nación árabe. Nasser no desintegró a la comunidad religiosa, más bien se valió de esta para evidenciar que su mayor esplendor estuvo bajo el liderazgo histórico árabe (el califato Umeyya y el abbasí, por citar a algunos). Se trató de un esfuerzo reinterpretativo de los principios religiosos, concebidos como una emanación del nacionalismo árabe, que diluyó la

Nasser definió tres círculos egipcios de acción: el mundo árabe, al cual nos hemos referido; el continente africano, distinción de tipo geográfica y la zona musulmana de carácter eminentemente cultural.



carga sagrada de la fe islámica, preservando la fuerza movilizadora del Islam bajo la mística de la nación árabe. De esta manera, Arabidad e Islam quedaron indisolublemente unidos en el pensamiento nasserista, aunque con preeminencia de la primera sobre la segunda.

De esta manera, la alianza con los estados de población musulmana fue vislumbrada como una metodología activa que potenciaría la posición de la comunidad árabe en el concierto de naciones del mundo y frente a Europa principalmente. La articulación de los pueblos musulmanes en un bloque encontraba su vórtice en la *Hajj*, pilar fundamental de la fe que era necesario –según Nasser (1955: p. 75)- transformar en un hecho político

“La Peregrinación puede constituir una enorme fuerza política. La prensa mundial tendría que considerarla no como una serie de ritos y tradiciones, sino que como un congreso político anual, en que se reúnen los dirigentes de los Estados musulmanes, sus pensadores, sus sabios, sus escritores, sus grandes industriales y comerciantes, su juventud, con objeto de trazar las líneas fundamentales de la política de cada país y de la colaboración de todos. Han de reunirse con devoción, pero fuertes; sin ambiciones, pero activos; sumisos a Dios, pero duros con sus adversarios; pensando en la otra vida, pero conscientes de que tienen una misión que cumplir en ésta”.

La peregrinación interpretada en clave política, en la versión de Nasser, dotaría a la comunidad musulmana de una incomparable fuente de poder popular que brotaría de la experiencia cooperativa de una población de centenas de millones que puede congregarse por un hecho religioso y re-encausar sus energías en la ruptura de los lazos de dependencia con Europa.

La Política Exterior de Nasser: Del alineamiento occidental a la autonomía tercermundista

En el Libro *“Oriente Medio: Una Eterna Encrucijada”* (Gilberto Aranda Luis y Palma, 2006: pp. 97-98) se plantea que hacia inicios de su mandato Nasser se aproximó a las grandes potencias de un mundo bipolar, Estados Unidos y la Unión Soviética, con el objeto de ganar respaldo en contra del colonialismo británico en la zona de Suez. En dicho marco, el líder egipcio no desdeñó el diálogo con Israel, por medio de su interlocutor el Viceprimer Ministro y Ministro de Exteriores israelí Moshe Sharett, y así reducir las tensiones entre ambos estados, lo que le permitiría concentrarse en las exigencias formuladas a Londres.

En un principio, Nasser se aproximó a Estados Unidos, Estado en el que reconocía una política internacional diferente a la de las

tradicionales potencias europeas a partir del papel de Woodrow Wilson en la Paz de París y su proposición de autodeterminación de los pueblos. Washington, a su vez, patrocinaba la idea junto a Londres de aglutinar a todos los Estados árabes en una alianza militar anti-comunista, inspirada en el Pacto de Bagdad que incluía a Irak, Turquía e Inglaterra. La política de la contención comunista, adoptada por la administración Truman y remozada con la versión de Eisenhower, significaría que el modelo de pacto defensivo de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, tendría su correlato en la CENTO³ u Organización del Tratado Asia Central.

Para el académico norteamericano John Ikenberry (2002, pp. 45-47:) Egipto desempeñaría un papel principal en dicha estrategia de contención política occidental. Mientras que para el profesor alemán Heller Egipto fungiría como bisagra geopolítica en Medio Oriente y Nor-África colocando su territorio como sede de las bases militares y vías de comunicación occidentales (Erdmute Heller, 1987: p. 101). Originalmente, Nasser aceptó integrarse al mando militar de Oriente Medio, con el propósito de tender el cordón sanitario en torno a la Unión Soviética.

Sin embargo, ya en la conferencia de Bandung de abril de 1955, Nasser dio inició a la conformación de una política exterior autónoma de los intereses de las potencias occidentales.

Un sello distintivo del movimiento germinal de los “No alineados” fue el reconocimiento temprano de la China Popular, gesto en el que se adelantó en casi dos décadas a Occidente.

Sin embargo, hacia 1955 todavía existía espacio para la negociación en el Mediterráneo Oriental. Nasser sin querer comprometerse con el bloque liderado por la Unión Soviética demandaba a Occidente el aprovisionamiento de armas. Gran Bretaña por su parte condicionaba cualquier suministro bélico al compromiso de El Cairo con los pactos defensivos anti-comunistas. El dilema concluyó solamente con la suscripción del tratado checoegipcio en septiembre de 1955 para la provisión de armamento. Así indirectamente y por primera vez se proporcionaron armas de factura soviética fuera del Pacto de Varsovia, lo que fue leído en Washington y Londres como la exportación del conflicto bipolar a Medio Oriente.

El rais egipcio fue un firme partidario de la emergencia de un bloque neutralista afroasiático, que más tarde decantaría la política del “neutralismo positivo” y el movimiento de los países no alineados, patrocinada por Nasser, el mariscal yugoslavo Joseph Broz Tito y el dirigente indio Nehru



³ Derivado de la sigla en inglés correspondiente a Central Treaty Organization.

Una segunda controversia emergió por la construcción de la presa de Assuan en el sur del país, tecnología hídrica indispensable para regular las aguas del regadío y proveer a Egipto de energía eléctrica. El proyecto se orientaba a impulsar el alicaído sector económico egipcio. Como la Unión Soviética se mostró en este punto poco dispuesta a proporcionar colaboración a Egipto, Nasser recurrió a Estados Unidos, aceptando la oferta norteamericana de financiamiento en 1956. En consulta con sus aliados europeos, Washington se retractó, sumándose el Banco Mundial a la negativa. Nasser reaccionó ofreciendo a Moscú nuevamente la participación en la construcción de la presa de Assuan.

Estos capítulos conflictivos sin embargo explotarán en el Canal de Suez, paso estratégico entre el Mar Rojo y el Mediterráneo originalmente contemplado en el plan económico de aprovechamiento de recursos hídricos, pero sobre el cual Gran Bretaña y la compañía del canal tenían la tuición hasta el año de 1968. Ante la serie de desencuentros con Estados Unidos y Gran Bretaña, potencias expectantes ante la integración de Egipto en la estrategia militar de contención, aunque poco inclinados a la cooperación para el desarrollo nacional egipcio, Nasser decidió la nacionalización del canal del Suez.

Pese a la pérdida para los ingleses de la India en 1947, el valor estratégico del canal había aumentado con el alto tráfico del comercio de petróleo. Según Yergin (1992: p. 64): *“El canal era la conexión crítica en la estructura de la posguerra del sector petrolero internacional. Y era un paso marítimo de importancia única para las potencias occidentales, que cada vez dependían más del petróleo del Oriente Medio”* (p. 64)

Para 1955, el petróleo representaba las dos terceras partes del tráfico total del canal y, a su vez, dos terceras partes del petróleo destinado a Europa pasaban por el mismo. Lo anterior explica que poco después se desarrollaría la crisis de Suez, que proporcionó a Nasser la oportunidad de colocar a prueba su filosofía política de autonomía del bloque occidental en un enfrentamiento con las antiguas potencias regionales y la nueva global bajo el argumento del derecho de todo Estado independiente a disponer libremente de sus recursos naturales. Conforme a lo anterior Nasser aspiraba a la retirada británica de Egipto y del control del canal. Aunque dicho designio no se cumplió, involucrándose Francia, Gran Bretaña e Israel en un conflicto que fue superado por las amenazas soviéticas y la negociación norteamericana, la llamada crisis de Suez dotó a Nasser de un sólido prestigio entre los dirigentes árabes. Nasser había desafiado a las potencias colonizadoras, y aunque había sido intervenida militarmente, se había granjeado el total respaldo de Moscú. En adelante, las potencias

extra-regionales tendrían que sopesar los costos de una invasión al país donde desemboca el Nilo.

Fue este el momento preciso, en el pináculo del prestigio de Nasser, que la filosofía panarabe pareció cristalizar con la unión de Siria y Egipto en la República Árabe Unida (RAU), hacia febrero de 1958. En dicho proyecto desempeñó un papel relevante otro referente nacionalista panárabe, el Baaz sirio, uno de cuyos dirigentes, Akram al Hourani, pasó a ser vicepresidente de la nueva "provincia" siria. La unidad de ambos estados fue proyectada como el punto original para la futura generación de una confederación política de los estados árabes, cuyo núcleo estaría representado por Egipto, Irak y Siria, países que se habían manifestado como proclives a la Unión Soviética (aunque más de forma que de fondo).

Así y aunque en abril de 1963 Siria, Irak y Egipto declararon la fundación de un nuevo Estado federal encabezado por Nasser bajo el régimen de un partido único, nunca fue posible en la práctica concretar la fusión del Creciente Fértil sirio-iraquí con el país del Nilo. El tradicional espíritu de clan se había superpuesto en las rencillas internas de los líderes árabes, incluso superando el antagonismo hacia Occidente. De esta manera, las dinámicas internas fueron cruciales para el desahucio del proyecto de unidad política árabe en torno a la figura de Nasser desde antes de la Guerra de los Seis días.

Nasser intentó aún por un tiempo conservar su liderazgo en el mundo árabe, aunque en forma más pragmática, enfatizando la cooperación y la solidaridad en vez de estimular la competencia con otros altos personeros panarabistas, como el mandatario iraquí Kassem. El líder bagdadí respondió denunciando al pacto de Bagdad y reemplazándolo por un tratado de defensa común con la RAU. Sin embargo la posibilidad de articulación confederativa de intereses se observaba cada día más lejana.

La última oportunidad parecía estar nuevamente en Palestina, que en la doctrina nasserista debía ser el último eslabón de la unidad árabe. Nasser apostó a respaldar el movimiento palestino desde una perspectiva de largo plazo, a la espera de consolidar fuerzas. El líder egipcio acometió entonces la fundación de una

Aunque hacia fines de la década de los cincuenta, el nacionalismo panárabe parecía haber vencido la tradicional sumisión a los intereses occidentales de las últimas centurias, el nuevo proyecto no contó con las divergencias endógenas de una camada de dirigentes ansiosos de ampliar su liderazgo sobre la causa común.



organización representativa del pueblo palestino que pudiera preparar el camino de la autodeterminación nacional palestina, rescatando su origen árabe (Santiago Quintana, 1980: p. 58). Era el origen en abril de 1964 de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). La prioridad de la política institucional del enfrentamiento con Israel implicó la oposición del germinal movimiento nacionalista palestino que a través de una nueva generación de líderes, entre ellos el joven Yasser Arafat y organizaciones como Al Fatah, defendieron la primacía insurreccional armada de la guerra de guerrillas. El elegido del Presidente egipcio para dirigir la OLP fue Ahmed Shukeiri, diplomático palestino con experiencia en Arabia Saudí, Siria y la Liga Árabe, asegurándose el control del movimiento que desde su tribunas atacaría al Estado de Israel.

Adicionalmente, en materia de política multilateral fue un activo participante del sistema de postguerra como quedó claro en su fuerte influencia en la Liga Árabe, organización internacional que nació antes de su llegada al poder, pero que experimentó un cambio en su secretaría general con la puesta en marcha de la revolución de Nasser⁴. Con la promoción del movimiento de estados no alineados (NOAL), Nasser intentó llevar a dicho espíritu a la Liga, así como al seno de la Organización de Unidad Africana, creada bajo su patrocinio en 1963.

De Nasser a Sadat: Del panarabismo al pragmatismo

La crisis de 1967 con la consecuente derrota de los ejércitos árabes, representó un duro revés al panarabismo, evidenciando su doble incapacidad: por una parte, convertirse efectivamente en la vía de liberación y unidad de los árabes, y por otra, generar integración, desarrollo económico y progreso social. La consecuencia inmediata para los regímenes panarabistas, fue la pérdida tanto, de su popularidad, como de su legitimidad (Barakat Halim, 1991: p. 455).

La idea panarabista de la existencia de Israel como un dispositivo colonial propio del imperialismo para mantener al Mundo Árabe dividido, fragmentado y controlado, también resultó debilitada. En efecto, recién terminado el conflicto, la IV Cumbre de la Liga Árabe celebrada en Jartum, si bien concluye con una triple negativa (al reconocimiento, paz y negociación con Israel), enfatiza la necesidad de priorizar los esfuerzos diplomáticos y políticos en el ámbito internacional para asegurar la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios árabes. Este discurso señala el inicio de una actitud pragmática que primará en adelante en los líderes árabes.

4 El primer secretario general de la Liga Árabe fue el egipcio Abdul Razek Asma (1945-1952), quien fue reemplazado por su compatriota Abdul Khelk Hassouna (1952-1972).

En consecuencia, desde 1967 en adelante, en la medida en que la ideología panarabista pierde fuerza y vigencia, no sólo se enfatizan los nacionalismos locales y comienza a proyectarse el Islam político, sino también se inicia una tendencia pragmática, producto de una nueva realidad, que abrirá el espacio y posibilidad de negociar con Israel.

La guerra de los Seis días, afianza la alianza y cooperación estratégica entre EE.UU. e Israel, confrontada por la URSS con un aumento de la ayuda y asesoría militar hacia Egipto y Siria, mientras en el plano regional, la consolidación de la OLP como actor independiente y revolucionario, marca la profundización de las tensiones al interior del Mundo Árabe, atravesado por el discurso y la acción eminentemente desestabilizadora de los movimientos palestinos y su énfasis en la lucha armada contra Israel.

Asimismo, el 23 de julio de 1970, mientras se celebraba en El Cairo el aniversario de la Revolución de los Oficiales Libres, Egipto acepta el Plan Rogers, primera iniciativa de paz norteamericana para la región, síntoma de la creciente influencia que EE.UU. proyecta en la zona. Dicha propuesta, basada en la Resolución aludida, establece la fórmula "territorios a cambio de paz". En coherencia, Nasser comienza a presionar a los palestinos para que recapaciten en sus aspiraciones de recuperar la totalidad de Palestina.

Paralelamente el *rais*, mantuvo su influencia en el escenario político del Medio Oriente, cumpliendo el rol de intermediario entre la OLP y los países árabes desde donde los movimientos revolucionarios palestinos operaban contra Israel. En 1969, se firma en El Cairo un acuerdo entre palestinos y libaneses que restringe la libertad de acción de los primeros en el sur libanés. Asimismo, el rol de Nasser resulta clave en la tregua que se establece entre la OLP y el gobierno del rey Hussein de Jordania luego de los sangrientos hechos del llamado Septiembre Negro de 1970.

En este contexto, resulta comprensible el viraje experimentado por la política exterior egipcia con la muerte de Nasser y el

*La nueva actitud pragmática
Les inaugurada por el mismo
Nasser, quien asumiendo la
nueva realidad impuesta por los
hechos, aceptó la Resolución 242
de la ONU⁵, documento que
contiene los elementos centrales
de las futuras negociacio-
nes en Oriente Medio.*



5 La Resolución 242 del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967, llama a Israel a retirarse de los territorios árabes que ocupó en el conflicto, reconoce la integridad y el derecho de todos los Estados de la zona a vivir en paz dentro de fronteras seguras, reclama la solución del problema de los refugiados y demanda la libertad de navegación en Aqaba y Suez.

ascenso de Anwar Sadat. Tres hechos marcan el inicio y anuncian la que será la nueva política de Sadat. En primer lugar, en julio de 1972, pone término a la misión soviética y expulsa a sus 15.000 asesores militares, intentando paralelamente establecer canales permanentes de comunicación con la administración de Nixon. Luego, el 6 de octubre de ese mismo año, promueve la creación de un gobierno provisional palestino que represente a los distintos movimientos y que coordine su actuación con los países árabes, propuesta que será rechazada por las organizaciones palestinas considerándola un intento por controlar su accionar. Finalmente, en mayo de 1973 el ministro de Asuntos Exteriores egipcio Ahmad Hasan al-Ziyat, expone un nuevo proyecto para crear un Estado Palestino en los llamados "territorios ocupados", término que hace referencia a la Franja de Gaza y la Margen Occidental del Jordán, parte de los territorios originalmente asignados por la ONU a la creación de un Estado Palestino en la partición de 1947, y que habían quedado desde el armisticio de 1949 bajo control egipcio y jordano respectivamente, y arrebatados por Israel en el conflicto de 1967.

Sadat encarnó la aplicación de una política pragmática, desligada del idealismo panarabista, centrada en la recuperación y consolidación de Egipto después de la catástrofe de 1967, y en la convicción de que sólo la vía diplomática posibilitaría el final del conflicto entre árabes e israelíes. Para ello, su primer instrumento fue una guerra limitada para negociar la paz desde una nueva posición de fuerza frente a Israel. En efecto, la crisis de 1973 fue una guerra limitada, sin vencedores ni vencidos, dado que tras la sorpresa del ataque egipcio y sirio, y su incontenible avance, Israel, gracias al puente aéreo de suministro norteamericano, que superó al soviético, logró recuperarse y montar una fuerte contraofensiva. Sin embargo, demostró en el lado árabe una organización minuciosa y una notable resolución.

El conflicto concluyó con un alto al fuego impuesto por las superpotencias, motivado principalmente por lo que significó el uso con éxito del arma del petróleo, que la Cumbre Árabe de Jartum había vislumbrado como posible al declarar en una de sus resoluciones la posibilidad de usarlo como un arma positiva para los objetivos árabes.

En el plano internacional, la iniciativa de Sadat, fue el primer paso hacia una mayor dependencia del Mundo Árabe de Estados Unidos. Las relaciones entre Egipto y Estados Unidos se consolidaron, recibiendo el primero una considerable ayuda económica y militar. El cos-

to para Egipto en el concierto árabe fue su aislamiento y su expulsión formal de la Liga Árabe, decisión adoptada en una cumbre extraordinaria de la Liga en Bagdad, el 31 de marzo de 1979. Sin embargo, las ventajas del acercamiento a EEUU motivó a que otros Estados, como Jordania, Marruecos, Túnez y sobre todo los países petroleros de la Península Arábiga, siguieran pronto sus pasos. Como contraparte, la URSS se acerca al bloque que pronto será identificado como Frente del Rechazo, del que participaron Libia, Argelia, Irak, Yemen del Sur, Siria y la OLP.

La política de Sadat, provoca también un radical giro en como se había conducido hasta entonces el conflicto con Israel. Desde la creación de la Liga Árabe en 1945, hasta la víspera de la visita del presidente egipcio a Jerusalén, la cuestión de la guerra y de la paz era una cuestión panárabe por excelencia y debía tratarse a través de la concertación multilateral en el seno de organismo regional referido. La política de Sadat, al estar aislada, ocasionó la ruptura de las relaciones oficiales entre los países árabes y Egipto, de consecuencias graves para ambas partes. Según Hassan Nafaa (1993) la posterior evolución del contexto local, regional e internacional favoreció la emergencia de condiciones para una reconciliación árabe.

La ruptura que provoca Sadat desde el momento en que decide negociar y firmar la paz separadamente con Israel, bajo el patrocinio de estados Unidos, genera un vacío de poder que comienza a ser disputado por Arabia Saudita e Irak, quienes pretenden ganar el liderazgo en el Mundo Árabe. En esta perspectiva es que Fouad Ajami (1983: p. 259) señala:

Eⁿ consecuencia, a escala regional, la guerra de 1973 inaugura la denominada Guerra Fría interárabe y el ascenso de la influencia de las llamadas petromonarquías.



“El Cairo y Bagdad habían invertido sus papeles, como si dijéramos: en la década de 1950 fue el primero el que pidió insistentemente la no alineación mientras el segundo deseaba seguir las indicaciones de Occidente, usar el poder de los aliados de tierras lejanas para aplastar a sus rivales. Ahora era El Cairo el que deseaba la presencia, el patrocinio y el poder de los aliados distantes”.

El giro de Sadat y la *Infatih*

Sadat se graduó de la Academia Militar egipcia en 1938. Participó activamente en los movimientos antibritánicos, y junto con Nasser, fue de los fundadores del movimiento de los oficiales

libres que llevó a cabo la revolución de 1952. Fue muy cercano a Nasser, tanto así que al momento de su muerte en 1970, era el vicepresidente de la República, convirtiéndose automáticamente en Presidente. Pese a ello, Sadat critica en sus memorias fuertemente a Nasser, tanto por aspectos personales como la desconfianza hacia los demás y el uso excesivo del secreto, como por sus políticas estatistas (Kemal Karpat, 1983: p. 182), lo que nos da una señal para comprender el giro ideológico de Sadat respecto de su antecesor.

Habría que comenzar por considerar que Sadat era conocido por ser un ferviente creyente musulmán, y un patriota egipcio, más que un panarabista. Tras la puesta en la ilegalidad de los Hermanos Musulmanes por orden del gobierno de Nasser, se crea desde el Estado una organización llamada Congreso Islámico, en la cual se nominó a Sadat como secretario general entre 1954 y 1961, ya que en su juventud había tenido estrechas relaciones con el movimiento. Al asumir la presidencia, Sadat realiza dos cambios inmediatos, que demuestran lo que será la orientación ideológica de su gobierno. Primero, cambia el nombre de República Árabe Unida (adoptado desde 1958 tras la unión con Siria) por el de República Árabe de Egipto, que perdura hasta hoy. Segundo, disuelve la Unión Socialista Árabe, fundada por Nasser como el partido gobernante, y la reemplaza por el Partido Nacional Democrático, el cual desde entonces, y hasta hoy, es el partido gobernante en Egipto. En política exterior, la primera demostración de cambio de Sadat, fue la remoción de los consejeros soviéticos en 1972, quienes habían sido de una importancia clave para el desarrollo de la industria nacional impulsada por Nasser.

Las relaciones árabe - israelíes estaban congeladas desde la guerra de junio de 1967 y fue Sadat quien rompió el hielo, emprendiendo una acción militar junto a Siria en octubre de 1973. El objetivo de Sadat era restaurar el prestigio de los ejércitos árabes que había sido gravemente dañado tras la guerra de 1967. Luego del conflicto de 1973, se mostró manifiestamente el giro de Sadat hacia EE.UU., al comenzar negociaciones con Israel. Según Álvarez Ossorio, el Presidente egipcio impulsó la guerra para quedar en una posición que le permitiera revertir la correlación de fuerzas árabe- israelí resultante de la guerra de 1967, y así poder negociar, pero en condiciones de exigir.

El hecho emblemático a este respecto, fue el viaje de Sadat a Israel en noviembre de 1977, donde pronunció un discurso ante el parlamento israelí en el que exponía su visión de la paz, y las bases sobre las que ésta debía forjarse. Lo que hace el presidente egipcio en dicho discurso, es dejar claro que su interés es, - lejos de realizar un proyecto político que conduzca a su nación hacia

la grandeza o de aspirar a ser un símbolo como glorioso caudillo – terminar con los conflictos armados y proporcionar bienestar económico a su población. Podríamos decir que a pesar que el de Nasser fue un proyecto socialista, Sadat privilegió mucho más lo social que lo político (Hanna Arendt, 2005). Esto es, sacrificó un proyecto de emancipación política de la nación árabe en su conjunto, por el bienestar económico de la población egipcia en particular, aunque ello significase el retorno a la dependencia económica de las grandes potencias, para lo cual Nasser había abierto el sendero contrario mediante el impulso de la industria nacional. La referencia a los términos de Arendt, cobra pleno sentido al ver la preocupación central por la vida en el discurso de Sadat ante la Knesset israelí que recogemos de (Kemal Karpat, 1983: p. 186):

“Cualquier vida perdida en una guerra es una vida humana, sea ésta de un árabe o de un israelí. Una mujer que se vuelve viuda es un ser humano que tiene el derecho a una vida familiar feliz ya sea ella árabe o israelí. Un niño inocente que es privado del cuidado y compasión de sus padres es nuestro. Ellos son nuestros, estén viviendo en nuestras tierras o en tierras israelíes”

Siendo éste el problema central para Sadat, plantea como respuesta cinco puntos, sobre los cuales debiera basarse una paz justa y permanente (Kemal Karpat, 1983: p.187) :

“1. Nadie puede construir su felicidad a expensas de la miseria de los otros”. 2. Nunca he hablado ni hablaré en dos idiomas. Nunca he adoptado, ni adoptaré en el futuro dos políticas. Yo nunca he intentado con nadie excepto en un idioma, una política y con una cara”. 3. “La confrontación directa y una línea recta son los métodos más cercanos y exitosos para alcanzar un objetivo claro”. 4. “El llamado por una paz justa y permanente, basada en el respeto de las resoluciones de Naciones Unidas, ha llegado a ser ahora el llamado del mundo entero”. 5. “La nación árabe, en su impulso hacia la paz permanente, basada en la justicia, no debe proceder desde una posición de debilidad o indecisión, por el contrario, tiene que ser el potencial de poder y estabilidad que revele una sincera voluntad de paz”

Estos puntos, fundamentan una de las ideas que Sadat planteará en su discurso, a saber: traspasar lo que él llamó “la barrera psicológica” que separa a árabes e israelíes, una barrera de sospecha y suspicacia frente a cualquier acción del otro, lo que lleva a interpretaciones condicionadas acerca de cualquier hecho o declaración de la contraparte. El traspaso de esta barrera, no puede ser sino sobre la base de la confianza mutua.

Uno de los puntos que en principio pareció intransable, era el status que tendrían los territorios ocupados palestinos como resul-

tado de las negociaciones. El planteamiento de Sadat, era que el conflicto árabe israelí no se resolvería sin una solución justa para los palestinos, que no podía ser otro que la creación de un Estado Palestino independiente en los territorios aludidos. Por el contrario, Israel sólo pretendía dar a estos territorios una autonomía limitada, más bien administrativa, pero sin independencia nacional. De todas maneras, los palestinos en ese entonces, no estaban dispuestos tampoco a aceptar lo que llamaban "una solución parcial", en referencia a la creación de un Estado sólo en el 22% de la Palestina histórica. De modo que, la propuesta de Sadat para los palestinos, fracasó tanto por la parte israelí como la palestina.

En 1980, Sadat reúne a un pequeño grupo de influyentes empresarios para que lo ayudaran a diseñar sus políticas económicas, lo que será conocido como la *infitah* (en árabe "apertura"), puesto que revierte radicalmente la política de sustitución de importaciones de Nasser, y se abre hacia los mercados mundiales.

Con todo, la ruptura que produjo Sadat al interior del mundo árabe, y la osadía de sus decisiones le resultaron fatal. El 6 de octubre de 1981, durante un desfile militar, fue asesinado junto con ocho personas más, por un grupo de soldados integristas que abrió fuego contra la tribuna, de la cual su vicepresidente y sucesor, Hosni Mubarak, saldría milagrosamente ileso.

Retomando el liderazgo perdido: Mubarak

Proveniente de una familia burguesa de clase media, Hosni Mubarak ingresó en la Academia Militar Egipcia en 1947, graduándose en Ciencias Militares. Incorporado posteriormente a la Academia del Aire, se recibe con otro título de Ciencias de la Aviación y como oficial piloto de combate. Desempeñó diversos cargos en la Fuerza Aérea Egipcia, viviendo la impotencia de la destrucción de casi la totalidad de los aparatos de guerra egipcios en tierra, el primer día de la Guerra de los Seis Días, siendo comandante de la Fuerza Aérea de la región occidental con base en El Cairo. En abril de 1972, asciende a comandante en jefe del Ejército del Aire, con el rango de vicemariscal. Durante la guerra de 1973, es considerado uno de los grandes héroes de las acciones en el Canal de Suez y antes del término del conflicto ascendió a Mariscal del Ejército del Aire. Sadat lo convirtió en abril de 1975 en su vicepresidente y en comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. En 1978, es nombrado vicepresidente del oficialista Partido Nacional Democrático, confirmándose así como el virtual sucesor en la jefatura del gobierno.

Durante la década de los ochenta, la política exterior egipcia bajo Mubarak sufre una reorientación, enfocada al reestablecimiento

de las relaciones de su país con el mundo árabe, con el objetivo de retomar su papel como pieza fundamental e interlocutor ante la comunidad internacional, conservando un accionar pragmático y desideologizado, como el de su antecesor.

En el plano internacional, Mubarak va a mantener y profundizar su alianza con Estados Unidos, su habilidad moderadora y conciliadora le fueron convirtiendo progresivamente en pieza clave de la estrategia norteamericana de paz regional y en su aliado árabe más confiable.

A su vez, el presidente egipcio reanudó las relaciones diplomáticas con la URSS. Este acercamiento de mediados de la década de los ochenta culminó con la visita del ministro de Asuntos Exteriores egipcio 'Ismat 'Abd al- Mayid a Moscú entre el 19 y 21 de mayo de 1988, donde firma diferentes acuerdos comerciales. Según Ignacio Álvarez (Ignacio Álvarez, 1999: pp. 199-200):

"Esta aproximación obedece a un interés mutuo dado que Egipto requiere la ayuda diplomática soviética para llevar a cabo una normalización plena con los países árabes del frente de confrontación, mientras que la URSS necesita imperiosamente diversificar sus alianzas en la zona y distanciarse del inmovilista gobierno sirio."

En función de reposicionar a Egipto en el concierto regional árabe, Mubarak retira a su embajador en Tel Aviv entre los años 1982 y 1986, entrando a un período caracterizado por una Paz Fría con el gobierno israelí. Las iniciativas llevadas a cabo por los líderes del Likud daban cuenta que los Acuerdos de Camp David de 1978 y el Tratado de paz de 1979, firmados entre ambos países, no habían asentado una paz regional, sino solamente, consolidado las políticas de expansión israelí, una vez neutralizado el país más fuerte y con mayor peso específico del mundo árabe.

En concordancia a lo anterior, en 1981, Israel bombardea el reactor nuclear iraquí de Tammuz y se anexiona el Golán sirio; invade El Líbano en 1982, asestando un golpe mortal al aparato militar de la OLP en ese país y forzando su evacuación; posteriormente en 1985, bombardea el cuartel general de la OLP en Túnez; y finalmente en 1988, reprime con una violencia inusitada el primer levantamiento popular palestino en los territorios ocupados. A todo lo anterior, se suma la ascendente política de colonización de las zonas estratégicas de dichos territorios.

En este contexto, el apoyo al movimiento nacional palestino y a la OLP, es vislumbrado por Mubarak como una herramienta

*E*ⁿ 1987 Egipto se convirtió en el primer país árabe en recibir de parte del gobierno de EE.UU., el estatus de Aliado Principal Extra OTAN.

clave en su proceso de reincorporación al seno del mundo árabe. Por ello en 1983 recibe al líder de la OLP Yasser Arafat en El Cairo, rompiendo la suspensión de encuentros entre un presidente egipcio y un dirigente árabe desde el año 1978. De esta manera, el actual *rais* egipcio interpreta que el tratado de paz con Israel no es un obstáculo para apoyar la causa palestina, ni condenar las políticas israelíes. Aún más, según Kenneth Stein (1997: pp. 306-307) tampoco lo detiene en sus afanes de ocupar un papel central en el sistema político interárabe. Es en esa línea que en 1984, Mubarak obtiene su primer éxito de importancia cuando en septiembre, Jordania anuncia el reestablecimiento de las relaciones diplomáticas, lo que fue estampado el mes siguiente con una visita al rey Hussein en la ciudad de Ammán. El tercer momento importante de sus iniciativas en el ámbito regional se produjo cuando la XIV Cumbre de la Liga Árabe, reunida también en Ammán, en noviembre de 1987, autorizó a sus estados miembros a reanudar las relaciones diplomáticas con Egipto. Finalmente, en su Cumbre de Casablanca de mayo de 1989, la Liga termina por reincorporar a Egipto en su seno, volviendo a ser El Cairo su sede en septiembre de 1990.

La reinserción egipcia, da cuenta de la intensa labor diplomática llevada a cabo por Mubarak y de la creciente influencia de EE.UU. en la zona de manera de que la comunidad árabe acepte la *pax americana*, particularmente después de la Guerra del Golfo de 1991, hecho que dividió profundamente a los estados árabes entre partidarios y detractores de la acción armada de la coalición internacional que lideró Estados Unidos. De esta manera, Egipto irá transformándose en el único interlocutor válido entre EE.UU., Israel y la OLP, intentando a su vez, elaborar una política árabe colectiva de negociación con el gobierno de Tel Aviv. Expresión de ello, es el *Plan Mubarak*, presentado pocos días después de la normalización de relaciones de su gobierno con el mundo árabe. En dicha iniciativa, el *rais*, plantea diez puntos que en su conjunto proponen las condiciones básicas para la celebración de elecciones en los territorios palestinos ocupados, incluida Jerusalén Este, como parte de un período interino tendiente a alcanzar un acuerdo de paz sobre la base de las resoluciones 242 y 338 de la ONU, el principio de devolución de tierras a cambio de paz y la garantía de seguridad, para todas las naciones de la zona, incluida Israel, así como el ejercicio de los derechos políticos de los palestinos. En definitiva, dicho plan es aceptado por la OLP y rechazado por el gobierno israelí.

El desmoronamiento de la URSS y el nuevo orden internacional que se impone a partir de la década de los noventa, trae aparejado cambios significativos en el orden regional del Medio Oriente,

consolidando su inserción en la esfera norteamericana y acrecentando la fractura al interior del mundo árabe. La crisis del Golfo, producto de la invasión iraquí a Kuwait y la constitución de una coalición internacional encabezada por EE.UU., que incluye la participación de algunos países árabes, como Egipto y Siria, deja en una posición frágil a Jordania y a la OLP. La estrategia de Washington apunta a generar negociaciones de paz que se enmarquen en los parámetros de la *pax americana*, el desarme y la aplicación de sanciones sobre Irak, y el fortalecimiento de su presencia en la región con el establecimiento de bases militares en Arabia Saudita.

El fracaso de la vía armada, el rol protagónico adquirido por los palestinos en los territorios ocupados y la quiebra económica de la OLP, producto del cese de la ayuda económica árabe por su apoyo a Irak, sumada al deterioro de su imagen ante la comunidad internacional por este mismo hecho, parecen constituir las variables más significativas en la apertura palestina. En el caso israelí, la administración norteamericana ejerce fuertes presiones económicas para que Israel congele temporalmente la construcción de nuevos asentamientos y acepte participar en una conferencia de paz, dado el temor de Tel Aviv de someterse a la presión internacional para hacer concesiones.

Las negociaciones palestino-israelíes que se inician con la Conferencia internacional de Madrid en 1991, y continúan con la firma de los Acuerdos de Oslo I (1993) Waddi 'Araba (1994) y Oslo II (1995), constituyen iniciativas que se enmarcan en un proceso comenzado en los acuerdos de Camp David por decisión de la política exterior egipcia bajo Sadat y continuado, a pesar de las interrupciones, por Hosni Mubarak. A partir de la administración del primero, Egipto, principal promotor del panarabismo y de la independencia de occidente con Nasser, se transforma en pieza clave en la cadena de instauración de la *pax americana*, que corre desde dicho acuerdo de 1978 hasta Oslo. En consecuencia, pese a su marginación y pérdida de liderazgo temporal en el concierto árabe, El Cairo recupera su espacio y protagonismo, jugando un rol clave en la búsqueda y elaboración de una estrategia árabe colectiva de negociación con Israel, que incluya la posibilidad de una paz regional aceptada por todas las partes en conflicto, y que con el fracaso de Oslo y de las tentativas siguientes, sigue pendiente.

El nuevo escenario inaugurado con los acontecimientos de septiembre de 2001 en Nueva York, la aparición de un nuevo y violento actor internacional, como es la red islamista de Al Qaeda, vinculada a Osama Bin Laden miembro de una connotada familia saudí, el fracaso de las negociaciones palestino - israelíes y la generación de una nueva Intifada palestina, seguida de una polí-

tica sionista de estrangulamiento y represión hacia los territorios ocupados, y finalmente, la invasión y ocupación norteamericana de Irak con el consecuente derrocamiento de Saddam Hussein en 2003, han mantenido y acrecentado la importancia estratégica de Egipto y Mubarak para la estabilización de la zona y la construcción de un nuevo orden regional.

El auge del islamismo o Islam político responde a un contexto donde la idea panárabe pareciera haber perdido todo sentido, y donde el quiebre en el sistema político interárabe es casi total.



Los movimientos islamistas, como la Hermandad Musulmana en Egipto han acrecentado sus bases sociales de apoyo y su poder, tanto a escala local como regional, frente a un creciente desprestigio de los estados árabes, por una parte, cada vez más autoritarios y represivos, y por otra, carentes de un discurso emancipador de Occidente y anticolonial,

como lo fue el del fracasado nacionalismo árabe nasserista.. El gradual ascenso y protagonismo en la política palestina de uno de los brazos de la Hermandad Musulmana, el movimiento Hamas, y su triunfo en las urnas sobre el tradicional movimiento nacionalista palestino Al Fatah, son expresión de dicho proceso. El presidente egipcio Mubarak, ha mantenido un discurso componedor y mediador en el conflicto palestino-israelí, además de operar a través de sus servicios de inteligencia y de la propia Hermandad Musulmana como intermediario durante la crisis endógena palestina que enfrentó a las facciones de Al Fatah y Hamas por el control del gobierno autónomo (2006). Todo lo anterior sin perder su liderazgo como negociador árabe regional de cara a Occidente, mientras conserva a raya la creciente presión sobre su política y estabilidad en el poder, que mantiene la Hermandad Musulmana, en un escenario cada vez más complejo.

En el ámbito de organizaciones internacionales de carácter regional, Egipto ha recuperado cierta influencia, eso sí compartida, en el seno de la Liga Árabe. La organización impulsada en 1943 por Egipto y que cristalizó en 1945, nuevamente tiene entre sus miembros con mayor liderazgo a El Cairo, papel que ejercía casi exclusivamente hasta los Acuerdos de Camp David en 1978. Hoy Egipto hace escuchar su voz entre los 22 países que la componen, pero el liderazgo lo comparte con Arabia Saudí y Argelia que encabezan diversas posiciones y grupos al interior de la sociedad árabe. Sin embargo es importante notar que dicha organización internacional, fracturada a partir de la Guerra del Golfo del 91 cuando varios de sus miembros optaron por acompañar la coalición internacional dirigida por Washington e integrada por

Israel, tiene por Secretario General desde 2001, al egipcio Amr Moussa. Aún más difuso es el papel de Egipto al interior de la Organización de la Conferencia Islámica donde países no árabes, como Pakistán e Indonesia también representan un potente liderazgo regional.

En el área multilateral, y después de la intervención militar norteamericana a Irak de 2001, Egipto ha enfatizado el principio de no-intervención en los asuntos internos de los Estados y la resolución pacífica de las controversias, en el seno de la sociedad internacional y de la Organización de Naciones Unidas (Maya Dafinova, 2008). De acuerdo con lo anterior sus posturas han sido más bien ambiguas respecto de misiones internacionales para prevenir los conflictos, pronunciándose caso a caso, sin comprometerse directamente en normas emergentes como la responsabilidad de proteger. Respecto a la posibilidad de una reacción de la sociedad internacional para impedir la agudización de un conflicto desatado, El Cairo argumenta que los artículos 2.1 y 2.7 de la Carta de Naciones Unidas impiden la reformulación del tradicional concepto de soberanía. Asimismo para evitar cualquier vulneración a dicho concepto, Egipto con una decena de Estados no acepta la adopción de criterios específicos para el uso de la Fuerza, con lo cual se coloca en el bloque de países que no acepta una responsabilidad colectiva de proteger ni se aviene a la posibilidad de otorgar mayores facultades a Naciones Unidas en materia de autorización de la intervención armada, esgrimiendo que la única autoridad legítima con facultades de proteger a la población es el propio Estado.

Por lo anterior y conforme con su vocación histórica, El Cairo sólo acepta que organismos regionales puedan debatir cuestiones relativas a la seguridad de la poblaciones civiles en conflictos armados. Extrapolando el dicho "soluciones africanas para problemas africanos" Egipto en la actualidad patrocina el dicho "soluciones árabes para problemas árabes".

Lo anterior refleja la experiencia histórica de la región, según la cual el mayor trauma cultural no ha sido la falta de intervención, sino que precisamente la intervención permanente de las potencias externas en los asuntos domésticos de los Estados árabes.



Conclusiones

La República Árabe de Egipto ha sido uno de los países más dinámicos de Medio Oriente en el último medio siglo, o más bien desde la Revolución de 1952. Por medios de políticas exteriores y

planes de desarrollo estratégicos sus tres líderes han logrado posicionar a Egipto como país clave de la región. Tanto en los momentos de liderazgo indiscutido ante la comunidad árabe, como el período nasserista entre la crisis de Suez de 1956 y la Guerra de los seis días en 1967, así como durante las vicisitudes experimentadas a propósito de su expulsión temporal de la Liga Árabe en 1979, El Cairo ha mantenido permanentemente una cierta gravitación en su área circundante. En la actualidad, a partir de su papel en las últimas crisis regionales, además de su mediación en el conflicto palestino israelí, y particularmente su voz a interior de las facciones palestinas en disputa, Egipto ha confirmado su papel de potencia regional en la zona donde Asia y África se unen.



Bibliografía

Ajami, Fouad. (1983) **Los árabes en el mundo moderno**. México: Fondo de Cultura económica. 376 p.

Alvarez O., Ignacio. (1999) **El proceso de paz de Oriente Medio. Historia de un desencuentro**. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional. 340 p.

Aranda, Gilberto y Palma, Luis (2006) **Oriente Medio: Una Eterna Encrucijada**; Santiago; RIL Editores. 245 p.

Arendt, Hannah. (2005) **La condición humana**. Barcelona: Piados. 366 p.

Abdel Malek, Anouar. (1967) **Egipto Sociedad Militar**; Madrid: Editorial Tecnos. 490 p.

Barakat Halim. (1991) **Al muytama' al 'arabi al mu'asir** (La sociedad árabe contemporánea) Beirut: Markaz dirasat al wahda al 'Arabia. 348 p.

Colombas, García. (1998) **El Monacato Primitivo**. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. 875 p.

Chahuán, Eugenio (2002) "El Mundo Árabe Musulmán: Respuestas seculares y religiosas a la mundialización" en Morandé, José y Pomerleau, Claude. **Globalización y Visiones Religiosas. Opciones por los Derechos Humanos y el Medio Ambiente**. Santiago de Chile: RIL Editores. 93-112 p.

Dafinova, Maya (2008) **La Responsabilidad de Proteger ¿Un cambio en los juegos de poder del siglo XXI?** Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Internacionales; Santiago; Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. 130 p.

Germani, Gino (1961) **Política y Sociedad en una época de Transición**, Buenos Aires: EUDEBA. 266 p.

Heller, Erdmute (1987) **El mundo árabe-islámico en marcha en**

Benz, Wolfgang y Graml, Hermann. **El siglo XX. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder.** Historia Universal Siglo XXI, volumen 36. Madrid: Siglo XXI de España editores S. A., séptima edición. 475 p.

Huntington, Samuel P. (1996) **El Orden Político en las Sociedades en Cambio;** Barcelona; Ediciones Paidós. 404 p.

Ikenberry, John; (2002) "America Imperial Ambition"; *Foreign Affairs*; Vol. 81; Number 5. 44-60 p.

Karpat, Kemal. (1983) **Political and Social Thought in the Contemporary Middle East.** Westport, Connecticut, U.S.A.: Praeger Publishers. 557 p.

Martín Muñoz, Gema. (2000) **El Estado Árabe: Crisis de Legitimidad y contestación islamista.** Barcelona: Ediciones Bellaterra. 423 p.

Nafaa, Hassan. (1993) "La Geopolítica egipcia: Alto Nilo y Palestina"; En *Revista África Internacional*; N°16 El juego de la Estrategia en el Mediterráneo.

Nasser, Gamal, Abdel. (1955) **La Filosofía de la Revolución;** El Cairo: Dar al Maaref.

Stein, Kenneth W. (1997) "Continuity and Change in Egyptian – israelí Relations, 1973 – 1977"; en: *Israel Affairs*; n° 3 – 4.

Yergin, Daniel. (1992) **La historia del petróleo,** Buenos Aires: Vergara Editor S. A. 1227 p.